

tanto mas cruel, quanto es mas muda. Estos principios de conversion y de reforma son como arras y como prendas de una perseverancia cristiana, que desvian el peligro de morir en pecado. Cuando llegué á tu noticia algun accidente funesto, ó la muerte de algun conocido tuyo, ten cuidado de decirte á ti mismo : *No hay desgracia que no tenga remedio sino la de morir en pecado mortal.*

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA, CONFESOR.

El glorioso y célebre doctor de nuestra España san Leandro, fué natural de Cartagena, é hijo de Severiano, gobernador de esta ciudad, y de Turtura, su consorte, ambos de ilustrísimo linaje y de notoria virtud. Tuvieron estos dichosísimos padres la singular gracia de dar al cielo cuatro hijos que fueron el ornamento de su patria y el honor de la nacion. Fué el primero nuestro san Leandro, y como tal se mereció los primeros cuidados de sus padres para darle una educacion correspondiente á su alto nacimiento y á la sólida piedad que tanto los ilustraba. Pero la bella indole y la natural docilidad que desde luego advirtieron en su hijo, les dejaron poco que hacer para formar un corazon que ya se hallaba prevenido con las bendiciones de la gracia. Instruyéronle con cuidado en los principios de la Religion, acompañando estas lecciones con el ejemplo de su inculpable vida; y como no tenia motivo para aprender otra cosa que lo que oia y veia practicar á sus virtuosos padres, se hizo como natural en Leandro la inclinacion á la virtud, y el estudio y meditacion de las verdades eternas. La dulzura de sus modales, la gravedad del semblante, y la indiferencia con que aun siendo niño miraba los pueriles

T. 3.

P. 292.



S. LEANDRO, ARZ. Y C.

entretenimientos, al mismo paso que le conciliaban el cariño de cuantos le conocian y trataban, hacian que se concibiesen de él las mas bien fundadas esperanzas de que habia de ser un hombre singular y de grande utilidad para la Iglesia.

Aplicáronle despues sus padres al estudio de las primeras letras, poniendo al mismo tiempo el mayor cuidado en su educacion y crianza; y como en lo que enseñaban á su hijo iban delante con su ejemplo, se vieron pronto los maravillosos efectos en el blando corazon é ingenua docilidad de que Dios le habia dotado. Admirábanse mas los padres cuando veian que lejos de entregarse á los pueriles entretenimientos tan propios de la edad, buscaba siempre la soledad y el retiro para entregarse todo á sus libros y á ejercicios piadosos. Pasaba su juventud procurando huir siempre de la compañía de otros jóvenes disolutos, y buscando solo la de hombres sabios, especialmente eclesiásticos, á quienes tenia singular inclinacion, y de cuyo trato esperaba sacar los frutos correspondientes á su inclinacion, que era la de radicarse mas y mas en el conocimiento de las verdades católicas. Resultóle de aquí el hacerse compañero en todas las aflicciones que en aquel tiempo padecieron en España los católicos á causa de lo dominante que estaba la secta de Arrio en estos reinos, protegida con la autoridad de los reyes, á cuyo ejemplo se aumentaba increíblemente el contagio, y se disminuia el partido de los verdaderos creyentes.

Sentia Leandro el lastimoso estado de la fe; y no pudiendo por entonces poner el remedio conveniente á tanto mal, trató de apartar la vista por lo menos, por no verse sumergido en tanta pena. Causaba ya tedio á su alma la vida, y deseoso de mayor quietud determinó hacerse religioso. No tuvieron efecto sus deseos mientras estuvo en Cartagena con sus padres,

sea porque sentian ellos carecer de su presencia, sea porque disponia Dios que tambien Leandro padeciese adversidades, para que le fuese mas fácil aborrecer al mundo, y anhelase con mayor viveza por el camino del cielo. Esto experimentó en el infausto golpe que sufrió su casa, cuando por la persecucion de los arrianos perdieron sus padres la dignidad y hacienda, saliendo desterrados con sus hijos á la ciudad de Sevilla. Portóse el santo con indecible prudencia, no solo con sus ancianos y virtuosos padres, sino con todos sus hermanos, animándolos y consolándolos para que sufriesen este golpe con toda resignacion y constancia por una causa tan gloriosa como lo era la persecucion por la fe; y con tan saludables consejos toleraron todos gustosos las tribulaciones, y las ofrecieron á la Majestad divina con regocijo de sus almas.

Luego que llegaron á Sevilla, manifestó Leandro sus prendas, y se ganó de tal suerte las voluntades, por su afabilidad, modestia y gravedad de su semblante, que todos le oian con gusto, y anhelaban á porfía por su comunicacion, haciéndose panegiristas de sus nobles cualidades. Viéndose ya Leandro dueño de las voluntades, dió principio á la conversion de las almas, detestando los errores de Arrio, asi en públicas como en privadas conversaciones, con lo que logró aficionar á muchos á la fe católica; y sin duda hubiera convertido á toda la ciudad, si no lo hubiera estorbado el natural temor de desagradar á los reyes, que eran de la profesion arriana; pero se conocia que le iba Dios proporcionando para ello, pues hasta los mismos herejes, no solo le escuchaban gustosos, sino que le buscaban hambrientos de sus dulces conversaciones.

Determinando cumplir sus primeros deseos de hacerse religioso, se entró en un monasterio, que fué el taller donde se hizo consumado en todas letras,

para emplearlas despues en el servicio de Dios, y en defender las verdades de la fe. Con esta ocasion, encargara el cuidado y educacion de Isidoro su hermano menor á su hermana Florentina, y despues al arzobispo de Sevilla, el cual, como amaba mucho á san Leandro, le dió en esto las pruebas de su cariño, supliendo asi el magisterio de sus hermanos.

Gozoso Leandro con su nueva vida, se aplicó con mayor esmero á todos los ejercicios de virtud con singular consuelo de su alma. Ordenado de sacerdote, se aplicó mas al estudio de las divinas letras y á la práctica de todas las virtudes propias de su estado; de suerte que era el espejo en que se miraban todos los religiosos, así en lo austero y retirado, como en lo humilde y sabio.

Por este conjunto de prendas tan sobresalientes se vieron como precisados los monjes de comun consentimiento á elegirle por abad de su monasterio, cargo que admitió con harta repugnancia, y que desempeñó con ejemplo de todos, siendo el primero hasta en los ejercicios mas penosos y humildes del monasterio. Pero Dios, que le habia elegido para que fuese antorcha resplandeciente de su Iglesia, dispuso que, habiendo fallecido David, arzobispo de Sevilla, fijasen todos su atencion en el santo abad Leandro; y así, de comun consentimiento de clero y pueblo, fué aclamado por pastor de aquella iglesia, aunque con increíble mortificacion de su humildad verdadera.

Puesto Leandro cual brillante antorcha sobre el candelero de la Iglesia, emprendió con tanto ardor y eficacia el oficio de la predicacion, que muchos por sus persuasiones dejaban su engañosa secta, y profesaban las verdades de la católica doctrina. Empleó tambien su zelo pastoral en la reforma de su clero, y en restablecer las buenas costumbres. Habia mucha

diversidad en las iglesias acerca del oficio divino, y tomó á su cargo el reformarle, reduciéndole á una misma forma en España; y aunque esto no pudo conseguirse enteramente hasta el tiempo de san Isidoro, sirvió de mucho su trabajo, porque añadió algunos himnos, salmos y oraciones, y otros ritos eclesiásticos; ordenó algunas cosas nuevas, y expurgó de dicho oficio muchas ceremonias antiguas. Fué también muy zeloso en propagar la orden de san Benito, gastando gruesas cantidades en fundar conventos de esta orden. A su hermana Florentina envió la regla y modo de vivir que formó sobre la de aquel santo patriarca, con algunas modificaciones y restricciones que le parecieron convenir á lo regular del estado, y á la oportunidad de los tiempos. Enviola también aquel precioso libro que compuso *del desprecio del mundo*, para confirmarla en su vocacion y alentarla á dar gracias al Señor por el beneficio de haberla sacado de los peligros del mundo. Estos fueron los principios de su pontificado.

Pero viendo que por su oficio estaba en mayor obligacion de poner toda diligencia en propagar la fe, y que para ello era indispensable ganar primero al rey Leovigildo, que era declarado enemigo de la doctrina católica, se affligió sobremanera, por considerar le faltaba el medio mas poderoso. Mas luego respiró un poco su corazon con el casamiento de su sobrino el príncipe Hermenegildo, en quien tenia fundadas esperanzas de que si llegaba á reinar se habria de lograr por medio suyo la conversion de todo el reino. Teniale ya tratado y conocido el santo tío y bien instruido en los dogmas de la santa fe, y con este motivo le reconvinó de nuevo sobre su conversion con bastante eficacia; y juntándose á esto los buenos oficios de la princesa su esposa, se consiguió que el príncipe se hiciese católico, y protector y caudillo de

ellos para resistir á la tiranía del arriano Leovigildo. Esta inesperada novedad causó un gozo indecible á san Leandro, que la consideraba como primicia de su predicacion apostólica, y con este principio se prometia lograr lo mismo en toda España. Declarada pues la guerra entre el príncipe y los católicos por una parte, y Leovigildo y los arrianos por otra, partió san Leandro á Constantinopla con el carácter de embajador, por la causa de la fe que sostenia Hermenegildo.

Esta embajada fué la causa del conocimiento y estrecha familiaridad que trabó con san Gregorio el Grande, que á la sazón se hallaba en aquella corte de orden del sumo pontífice para los negocios de la santa Sede. Hicieron las prendas de san Leandro tanta impresion en el ánimo del santo legado, que desde entonces se ligó con él con la mas estrecha amistad, de la que fueron pruebas las inauditas demostraciones que hizo con él, no solo ahora, sino cuando ascendió despues al sumo pontificado. Conferenciaron los dos muchas veces sobre los puntos arduos de la fe católica, quedando admirado san Gregorio de ver la sublime y perspicaz inteligencia del santo arzobispo en las divinas escrituras, la facundia y erudicion de sus palabras, y la viveza de sus conceptos. Un testimonio del aprecio y del gran crédito que le mereció Leandro, fué el dedicarse á instancia suya á escribir los libros de los *Morales*, que compuso segun sus reglas, y acabados se los remitió á España, sujetándolos á su censura, dedicándolos á su nombre, y protestando que no eran dignos ni correspondientes á su mucha sabiduria.

Volvió Leandro á Sevilla, que ya lloraba su ausencia por la fatal guerra con que Leovigildo la tenia amedrentada; y hallando que estaba preso el santo príncipe Hermenegildo, le escribió algunas cartas para man-

tenerle constante en la fe que le habia predicado, y que no temiese perder un reino caduco y una vida perecedera, pues á pérdidas semejantes estaban vinculadas mayores y mas duraderas ganancias. Grande consuelo recibió el santo príncipe con estas cartas, las cuales lograron tan buen efecto, que ni las amenazas, ni los malos tratamientos, ni la prision rigurosa, ni aun la misma muerte doblaron su invencible fortaleza.

Temiendo Leovigildo que se aumentase el partido de los católicos con perjuicio de su secta, dispuso que se hiciese en Toledo un concilio de obispos arrianos, á fin de remediar este daño y tomar las precauciones convenientes. En este conciliábulo, persuadido el rey de que el amparo y doctrina de los obispos católicos eran la causa de que el príncipe hubiese tomado las armas contra su padre y hecho tan vigorosa resistencia, loco de cólera, y precipitado de su misma furia, fulminó decreto de privacion de sus dignidades y de destierro contra los obispos y cualesquiera otros que pudiesen tener alguna complicidad en el asunto. Tocaba inmediatamente esta órden á san Leandro, como al que era la causa principal de la conversion del príncipe; y en su cumplimiento se retiró de su iglesia al santo arzobispo, y en ella puso el rey un obispo arriano, como lo hizo tambien en los demás pueblos. No se sabe el lugar de su destierro; pero se cree fuese alguno de los monasterios de su instituto.

No desmayó el santo con esta tribulacion; sino que se esforzó mas su ardiente zelo en proseguir la causa del catolicismo, continuando sus buenos oficios con el príncipe hasta que supo su dichosa muerte. Grande fué su sentimiento, por lo mucho que le amaba; pero fué al mismo tiempo indecible el júbilo de su alma, considerando la esforzada resolucion de su sobrino en haber rubricado con su sangre las verdades de la fe,

y el beneficio que de aquí resultaba á la Iglesia; pues este martirio establecia en el reino la religion verdadera, é invencible ya su rey en la gloria, seria protector de una obra en cuyos fundamentos habia sacrificado su vida. Las ocupaciones del santo en su destierro fueron escribir libros doctísimos contra los arrianos, convenciendo en ellos la falsedad de sus dogmas, y demostrando la verdad de la católica doctrina. Escribió tambien otro tratado contra un Vicente, obispo de Zaragoza, que habia declinado de la pureza de la fe, y se habia hecho arriano; afeábale en él su resolucion, respondia con mucha solidez á sus especiosas razones, y exortábale á que diese una pública satisfaccion de sus errores y escándalos. El tiempo que no ocupaba en escribir, lo gastaba en oraciones y penitencias, clamando al Señor se dignase atender al lastimoso estado en que gemia su Iglesia en España; á este fin se dirigian todas sus disputas, oraciones, ayunos, penitencias, destierros y persecuciones.

Pasada tan cruel tormenta, vino luego la deseada serenidad. Enfermó de muerte Leovigildo, y como en este lance se ven las cosas del mundo á su verdadera luz, vió y conoció sus errores el rey, y manifestó un profundo dolor de sus malas obras. Hizo llamar al príncipe Recaredo, su hijo, y le mandó que luego sin dilacion levantase el destierro á su tío el santo arzobispo y á todos los católicos, para que volvieresen á sus iglesias; añadiéndole que estuviese en un todo sujeto á la direccion de san Leandro; que le supplicase en nombre suyo continuase en darle á él los mismos documentos que habia dado á Hermenegildo; y que en todo le obedeciese, si queria ser feliz en su reinado.

Indecible fué el gozo de Leandro con esta maravillosa mutacion de la diestra del Todopoderoso. Restituyóse á su iglesia, y continuó en dar á sus ovejas

el pasto de que habian carecido tanto tiempo. Aplicóse á cumplir lo ordenado por el rey acerca de Recaredo, con quien comunicó todo lo perteneciente al buen gobierno y á la consolidacion de sus estados; y conociendo por estas primeras conversaciones que estaba bien dispuesto el corazon del rey para recibir su doctrina, le habló en estos términos: « Sobrino y Señor: la union de los vasallos en la religion católica es el único medio para establecer y conservar la monarquía. Mas para esto conviene que se den luego prontas providencias para la celebracion de un concilio, á que deban concurrir las principales personas de ambos estados eclesiástico y secular, para confesar en nombre de todo el reino la santa fe católica, y abjurar públicamente la secta arriana. Con tan autorizada concurrencia se pondrá freno á toda persona particular, y triunfará el catolicismo siendo amparado y seguido del rey. »

Oyó gustoso el príncipe este razonamiento, y dió órden al punto para que se congregase el concilio, que fué el III de Toledo, con asistencia de todos los grandes del reino y otras principales personas; su presidencia fué dada á san Leandro, como legado apostólico, segun afirma el cardenal Baronio, por no haber entre los obispos de España hombre de mayor recomendacion, ni mas eminente en santidad.

Llegó el dia de la celebracion del concilio, y con él el mayor gozo del santo prelado. El glorioso Recaredo hizo á los padres una humilde y reverente exhortacion; luego entregó por escrito la profesion de fe á nombre suyo y de la reina, y despues hicieron lo mismo los obispos arrianos y todos los grandes del reino, manifestando un júbilo indecible por haber recibido la fe católica. Concluido este acto, predicó al concilio san Leandro con palabras dignas de su espíritu, ponderando las ventajas que de ello resultaban á la Iglesia,

y dando gracias á los padres por la determinacion tomada en este dia. Dia por cierto felicisimo para España, pues se publicó su catolicismo con alegres y festivas aclamaciones, y con universal alegría de toda la nacion.

Arregladas así las cosas de la Iglesia, ordenó san Leandro que se diese noticia de todo lo sucedido al sumo pontífice san Gregorio; y así, en nombre del concilio y del rey católico, se despacharon embajadores á Roma, con muchos dones preciosos, y trescientos vestidos para los pobres de la iglesia de san Pedro. Llevaron tambien las actas del concilio con cartas de san Leandro, en las cuales recomendaba al rey Recaredo, ponderando á su Santidad el zelo y religion que habia manifestado en el concilio. El santo pontífice recibió á los legados con indecible gozo, alegrándose muy mucho del impensado triunfo que habia conseguido la Iglesia; y para demostrar mejor su contento, escribió al rey Recaredo confirmandole en la fe recibida, y honrándole con un pedazo de la cruz de Jesucristo, unos cabellos de la cabeza de san Juan Bautista, y dos llaves tocadas al cuerpo de san Pedro, engastada la una en porcion de hierro de las cadenas del apóstol.

A su intimo amigo san Leandro escribió tambien san Gregorio con grandes expresiones, dándole gracias por su aplicacion en beneficio de la Iglesia, encomendándole al rey Recaredo, y dándole saludables consejos para que le hiciese perseverar en la fe recibida; con cuya ocasion le envió los libros de la exposicion de Job, el palio y la carta pastoral. Desembarazado ya el santo arzobispo de los graves negocios del concilio, y bien instruido el rey Recaredo, se volvió á su santa iglesia de Sevilla, en donde publicó luego los decretos del concilio, y exhortó á todos á su debido cumplimiento con fervorosos y continuos ser-

mones; haciéndolos mas eficaces con su zelo y solicitud en atender á todas las necesidades de los pueblos, á los cuales socorria liberalmente, para que no tuviesen jamás motivo de retroceder en la fe nuevamente recibida.

Restituida la paz á la Iglesia, que tantos sudores y fatigas le habia costado, se empleó de nuevo en dar saludables documentos á sus santos hermanos, escribiendo particularmente á san Fulgencio varias instrucciones para su consuelo, y encargándole el sumo cuidado que debia tener en las materias de la fe católica y en el buen gobierno de su feligresia. Practicó lo mismo con la santa abadesa Florentina, dándola acertadas providencias para el buen régimen de sus religiosas, y nuevos avisos y consejos sobre la regla que anteriormente habia compuesto, animándola á la perseverancia en sus santos propósitos.

Con el santísimo pontífice Gregorio fué en esta ocasion mas continua su correspondencia, escribiéndole repetidas cartas, y consultándole las dudas que ocurrían en su iglesia; pues si bien su acertada prudencia daba á todas la mas sabia y católica resolución, queria siempre el apoyo y consejo de la suprema cabeza de la Iglesia, como siempre se habia practicado. Entre otras le consultó la cuestión célebre sobre la trina inmersión del bautismo, autorizada con varios lugares de la santa escritura y santos padres. En la respuesta se conoce muy bien el grande aprecio que hacia san Gregorio de la pasmosa sabiduría de san Leandro; y con ser tambien doctísimo el santo pontífice, los elogios que él le da, son una mayor prueba de la grande opinion que merecia y de sus virtudes singularísimas. Dicele en una carta: « Beatisimo hermano: habiéndote conocido dias hace en la ciudad de Constantinopla, donde yo estaba ocupado en negocios de la silla apostólica, y á tí te condujo la

embajada del rey Visogodo por la causa de la fe, te di á entender, y aun dije la poca satisfacción que tenia de mí. Entonces mis hermanos y tú me obligasteis con ruegos y poderosas súplicas, como te acordarás, á que expusiese el libro de Job, manifestándoos sus profundos misterios segun las fuerzas de mi espíritu; la cual exposicion remiti á la consideracion y juicio de vuestra beatitud, no porque la juzgase digna, sino porque habiéndola tú pedido, me acuerdo que prometí esta palabra. Todo cuanto en dicha exposicion hallase tu santidad tibio y poco culto, lo perdonará, pues sabe mi poca salud. » En otra carta le habla así: « Cuando se leyó vuestra carta se hallaron presentes algunos varones buenos y sabios, y al punto quedaron interiormente conmovidos. Solo con oirla leer os ponía cada uno con amor en su corazón, pues le parecia no oír, sino ver la dulzura del vuestro; todos se encendían, cada uno se maravillaba, y en el fuego de los oyentes se conocía el ardor del que escribía. » No creo sea dable mayor prueba de cariño, ni mayor elogio de la sabiduría y virtud de san Leandro, que unas expresiones semejantes de un pontífice tan sabio como santo.

En tan santa correspondencia empleó san Leandro los últimos años de su vida; y conociendo se le acercaba ya el término deseado, redobló sus penitencias, y aumentó con mayor cuidado todos los ejercicios de virtud; dando saludables consejos á sus prójimos, socorriendo á sus pobres, y practicando todas las virtudes; encargando á todos, y con especialidad á sus santos hermanos, la defensa de la santa fe católica, que habia sido el único objeto de su zelo sobre la tierra. Asáltóle una peligrosa enfermedad; y habiendo recibido los santos sacramentos con la disposicion que se deja discurrir de su apostólica vida, murió en paz en Sevilla. y fué sepultado su santo cadáver en la iglesia

de santa Justa y Rufina, en un panteon que él mismo habia construido, y fué el depósito de los cuatro santos hermanos. Fué sentidísima su muerte por perder tan buen pastor y padre. Venéranse hoy en Sevilla sus reliquias con singular devocion y consuelo de los fieles.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, el tránsito de los santos mártires Macedonio, Patricia su mujer, y Modesta su hija.

En Nicea, los santos mártires Teusetas, Horres su hijo, Teodora, Ninfodora, Marco y Arabia, los cuales todos por confesar á Cristo fueron quemados.

En Hermópolis en Egipto, san Sabino mártir, el cual, despues de muchos tormentos, siendo sumergido en un rio, alcanzó la palma de mártir.

En Persia, santa Cristina, virgen y mártir.

En Córdoba, los santos Rodrigo, presbitero, y Salomon, mártires.

En Constantinopla, san Nicéforo, obispo, el cual, defendiendo acérrimamente la tradicion de los santos padres, paró rostro firme á Leon Armenio, emperador iconoclasta, defendiendo el culto de las santas imágenes; y así fué desterrado por él, y en el destierro, al cabo de catorce años de un largo martirio, murió en el Señor.

En Camerino, san Ansovino, obispo y confesor.

En la Tebaida, la gloriosa muerte de santa Eufrasia, virgen.

La misa en honor del santo es la de doctores: la oracion la siguiente.

Deus, qui arianam pravitatem doctrina sancti confessoris tui atque pontificis Leandri ex Hispania propulisti: da plebi

O Dios, que arrojaste de España la arriana pravedad con la doctrina de tu santo confesor y pontífice Leandro: concede

tuæ, ut ejusdem meritis et precibus ab omni errorum et vitiorum labe semper libera conservetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum... á tu pueblo, por sus méritos é intercesion, que siempre se conserve libre de las tinieblas de los errores y de las manchas de los vicios: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo, y la misma que el dia XII, pág. 266.

REFLEXIONES.

Con dificultad se pueden dar unas expresiones mas patéticas y vivas que las que usa el apóstol san Pablo para hacer entender á Timotéo las obligaciones de un superior. *Te conjuro*, dice, *delante de Dios y de Jesucristo, el cual ha de juzgar los vivos y los muertos, por su venida y su reino, que prediques en tiempo y fuera de tiempo, oportuna é importunamente, que reprendas, supliques, exhortes enseñando con toda paciencia.* Estas instrucciones, aunque están dichas principalmente por el Apóstol para un obispo, con todo eso, dice el gran padre san Agustin en el lib. 1 contra Cresconio, que se las deben apropiiar los sacerdotes, los ministros, y cuantos tienen responsabilidad por las almas de sus hermanos. De consiguiente los padres de familias, á quienes Dios ha cargado de hijos y de criados, deben tener entendido que son responsables de sus almas, y que para su buena direccion necesitan rumiar dia y noche las apostólicas sentencias.

Nada está por demás en el gobierno de una familia: la experiencia ha acreditado muchas veces que son diferentes los caminos por donde se ganan para Dios los corazones. Por tanto, el Apóstol no dice que se exhorte solamente, ó que solamente se reprenda, sino que propone todos los medios que dicta la prudencia á un espíritu poseido de humanidad y de amor á sus prójimos. Un padre, una madre de fami-